

9

HISTORIAS DEL
FARERO DE
CAVALLERIA

SERIE 3

FERRAN
RAMON-
CORTÉS



VERSE DESDE FUERA

UN VIAJE POR LA COMUNICACIÓN PERSONAL

© 2022 TODOS
LOS DERECHOS
RESERVADOS

Los días pasaban, y el final de mi mes sabático en Menorca se acercaba. Me quedaban once días, y no los iba a desperdiciar. Mis largos paseos durante el día me ayudaban a relajarme y a despejar mi mente. Y me di cuenta de que no tenía muchas ganas de estar con gente, excepto con mi peculiar amigo el Farero. Así que esa tarde-noche, respondiendo más a un impulso que a una decisión meditada, me fui de nuevo a verlo.

Abrí la barrera con mi llave, y me dirigí a la torre. Entré y lo encontré en la cocina, preparando algo que seguramente era para su cena. No tuve tiempo casi ni de saludarle, que me sonó el móvil. Excusándome, atendí la llamada. Era de mi hermano, que necesitaba hablar conmigo de un tema familiar que teníamos encallado. Tras unos buenos diez minutos de conversación, terminé la llamada, y tal y como colgaba el teléfono el Farero, sin contemplaciones, me dijo:

- ¿Siempre eres tan duro por teléfono?
- ¿Duro? No he sido duro para nada... firme quizás, porque hablaba con mi hermano de un tema en el que estamos encallados desde hace semanas.
- Pues yo en su piel creo que te habría colgado.
- No te entiendo, si he estado perfectamente correcto en todo momento.
- ¿Es lo que piensas?
- Por supuesto.
- ¿Dirías que has sido igual de correcto que como eres habitualmente?



- Exactamente igual. Ni más ni menos.

Se quedó en silencio, y sin añadir nada más siguió cocinando lo que estaba cocinando. Yo me quedé algo desconcertado, y mentalmente me dediqué a revisar la conversación que habíamos tenido. Y no, no me parecía ni dura ni fuera de tono. Me parecía totalmente correcta. Al cabo de unos minutos que se me hicieron muy largos, cerró el fuego y me dijo:

- Esto ya está listo. ¿Me acompañas un minuto?

Entramos en un cuarto que todavía no conocía. Era una pequeña habitación con un sofá-cama y un escritorio. Tenía pinta de ser una habitación de invitados de emergencia. Me señaló un gran ojo de buey que había en una de las paredes.

- Este ojo de buey lo recuperé de un carguero que en una gran tormenta embarrancó en la costa norte, entre Fornells y Cala Tirant. Ábrelo y dime, ¿Qué ves?

Abrí la portezuela, y en vez de una ventana, lo que encontré es un espejo.

- Me veo a mí, ni más ni menos.
- ¿Y cómo te ves?
- Pues no se... imagino que como soy. Los espejos no engañan.
- Pues vas a tener que ponerle nombre a este espejo.

Y allí terminó la historia.



Me pasé el resto de la tarde dándole vueltas. No acertaba a descifrar el enigma. Hasta que una lucecita se me encendió dentro. Con la boca pequeña le dije:

- No me veo como soy, y necesito que alguien me lo muestre.
- Exactamente. Verás, somos muy malos jueces de nuestra comunicación. No sabemos como “suena”. No vemos nuestros gestos, ni nuestras caras, ni tan solo la voz que oímos nosotros es la que reciben los demás. Por tanto es difícil que sepamos si sonamos duros, o firmes, o agresivos o cariñosos. Necesitamos que alguien nos lo confirme desde fuera. Necesitamos que alguien nos haga de espejo.
- Pero yo me oigo cuando hablo. Y oigo el tono de voz con el que hablo.
- Y te sorprendería lo diferente que puede estar sonando para los demás. Al final nos acostumbramos a nuestro tono, y lo normalizamos, y a lo mejor no suena como nosotros queremos que suene.
- ¿Y en qué consiste, desde tu teoría, el hecho de “mirarse al espejo”?
- Pues en que busques a alguna persona de tu confianza que pueda decirte desde fuera cómo suena tu comunicación. Cómo es tu tono, tu volumen, tu expresión facial, y qué transmite.
- Pero personas distintas me dirán cosas distintas.
- Sí, eso es cierto. Por eso debes elegir bien. Hay espejos que deforman, o espejos empañados. Busca un espejo nítido, alguien



cuya opinión te merezca respeto. Una persona que no tenga un vínculo de dependencia contigo ni profesional ni personal, y que sea perceptiva y sincera.

Estuve un buen rato pensando en ello. Tenía todo el sentido del mundo. Y reconocía que desde distintos lugares me habían llegado comentarios sobre mi forma de comunicar. Algunos habían intentado ser mi espejo, ni que fuera por un momento, pero los había rechazado. Le dije:

- Hoy tu has querido ser mi espejo. Ahora lo sé. Te escucho.

o

Me dio valiosísima información sobre lo que había percibido de mi conversación con mi hermano. Y me di cuenta de que especialmente cuando hay alguna emoción de por medio, lo que yo creo que comunico y lo que comunico de verdad puede ser muy diferente.

Se nos hizo tarde, y acabamos compartiendo su cena. Un delicioso “suquet” marinero que disfruté hasta no dejar ni las espinas. Me despedí temporalmente de él. No daba en absoluto por terminados nuestros encuentros.

Ahora, escribiendo este episodio, puedo dar fe de que he encontrado mis espejos. Que al principio les discutía su opinión, como si quisiera convencer al espejo del baño que la cara que refleja cada mañana no es la mía. Pero que ahora me los creo totalmente, y me están ayudando no necesariamente a cambiar mi comunicación, sino a que transmita exactamente lo que yo quiero que transmita.



WWW.LAISLADELOS5FAROS.COM

© 2022 TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

DISEÑO GRAFICO JÚLIA RUIZ